

REFLEXIONES

La guerra de Trump

por Abraham Santibáñez, Premio Nacional de Periodismo.



El domingo 22 de junio, el gobierno de Estados Unidos informó que tres instalaciones nucleares de Irán habían sufrido graves daños a causa de sus ataques aéreos originados en sus bases en el continente americano. De manera característicamente ambigua, la administración de Donald Trump aseguró que no trataba de iniciar una guerra abierta. Afirmó, sin embargo, haber destruido por completo tres instalaciones nucleares fundamentales.

Tres días después el líder supremo de Irán, el Ayatollah Ali Khamenei, felicitó a sus compatriotas por su victoria sobre Israel y Estados Unidos.

Pese al avance de la tecnología -aviones de largo alcance contra instalaciones nucleares- resulta difícil separar los alardes propagandísticos de los resultados concretos. Menos aún con personajes como Trump, que han ganado millones escondiendo sistemáticamente sus cartas.

Hasta el fin de semana, altos funcionarios del Pentágono opinaban que era imposible todavía determinar si Irán conservaba o no su capacidad de enriquecimiento nuclear, la clave de los ataques.

El episodio —una fulminante Guerra de Doce Días— duró, según se ufano Trump, lo justo y necesario. Conforme precisó The New York Times, funcionarios del gobierno se cuidaron de no describir los ataques como el inicio de una operación militar de mayor alcance. “No estamos en guerra con Irán”, declaró el vicepresidente J.D. Vance en una entrevista televisada. “Estamos en guerra contra el programa nuclear de Irán”.

Funcionarios iraníes por su parte afirmaron que seguían evaluando la magnitud de los daños ocasionados a las instalaciones de Fordo, Natanz e Isfahán tras la Operación Marti-

llo de Medianoche. En 25 minutos las fuerzas norteamericanas lanzaron 14 enormes bombas GBU-57 sobre dos zonas con objetivos nucleares, en Fordo y Natanz. “Más de 125 aviones estadounidenses participaron en esta misión”, reveló el jefe del Estado Mayor Conjunto, general Dan Caine, incluidos los bombarderos B-2, cazas, aviones de reabastecimiento y naves de vigilancia. En el ataque se utilizaron más de 75 armas guiadas de precisión, y se diseñó una “maniobra de engaño” con bombarderos desplegados sobre el Pacífico en forma de señuelo.

Estuvieron una hora y media en los cielos iraníes, desde la 1.30 hasta las 3 (hora local), cuando salieron finalmente de Irán. Los misiles Tomahawk, disparados desde posiciones cercanas al Golfo de Omán, impactaron luego en Isfahan, sede de otra de las instalaciones nucleares destruidas por la ofensiva.

El ministro de Asuntos Exteriores iraní, Abbas Araghchi, arremetió contra Estados Unidos, afirmando que los ataques socavan los esfuerzos diplomáticos para evitar una escalada. Irán “se reserva todas las opciones para defender sus intereses de seguridad y a su pueblo”, declaró, aunque se negó a ser más específico, incluyendo si Irán tomaría represalias contra las bases militares estadounidenses en Oriente Medio. “Tenemos que responder basándonos en nuestro legítimo derecho a la legítima defensa”, declaró en Estambul.

El jefe del Estado Mayor Conjunto de EE.UU., general Dan Caine, afirmó que la evaluación inicial de los daños en combate indicaba que las tres instalaciones nucleares habían sufrido graves daños y destrucción, pero que la evaluación final tomaría tiempo. El último punto en duda lo plantearon los israelíes. Dos funcionarios con conocimiento del asunto afirmaron que, al parecer previamente Irán había trasladado equipo, incluido uranio, desde la instalación antes de los ataques.

En otras palabras, todavía falta por saber el verdadero éxito de la guerra de Trump. ¿Habrá valido la pena?